

I

Yo ya había publicado algunas cosas y había hecho algún dinero: quizá incluso había tenido tiempo para empezar a creer que era más sutil de lo que alcanzaban a ver los más condescendientes; pero a la hora de evaluar mi carrera —una costumbre sin duda de tipo nervioso, pues aún hoy es bastante corta— tomo como auténtico punto de partida la noche en que George Corvick, jadeante y preocupado, vino a pedirme que le hiciera un favor. Él había publicado más que yo, y también había ganado más dinero, aunque en mi opinión a veces no había sabido aprovechar ocasiones en las que su talento hubiera podido quedar demostrado. Aquella noche, sin embargo, por pura amabilidad, no pude sino declararle lo contrario. Caí en una especie de éxtasis cuando escuché lo que me proponía: que preparase para *The Middle*,

órgano de nuestras elucubraciones, cuyo nombre se debía a la posición que ocupaba en la semana el día de su aparición, un artículo del que él se había hecho responsable y cuyo objeto, fuertemente atado con una cuerda, depositó sobre mi mesa. Yo me abalancé sobre aquella oportunidad que se me brindaba —o más bien sobre el primero de sus volúmenes— y apenas si presté atención a las explicaciones con que mi amigo trataba de estimularme. ¿Podía acaso existir una explicación que fuera más al caso que mi evidente idoneidad para la tarea? Yo ya había escrito sobre Hugh Vereker, pero *The Middle* no había publicado ni una línea: mi campo de acción en la revista quedaba limitado fundamentalmente a damas y poetas menores. Esta, sin embargo, era la nueva novela de Vereker, uno de esos ejemplares que los editores dan anticipadamente a la crítica, y al margen de lo mucho o poco que llegara a suponer para su reputación, comprendí inmediatamente lo que supondría para la mía. Además, si yo siempre leía sus libros en cuanto podía conseguirlos, esta vez tenía un motivo especial para desear leerlo: había aceptado una invitación para ir a Bridges el domingo siguiente, y en su nota Lady Jane mencionaba que el señor Vereker se encontraría allí. Yo era entonces lo bastante joven como para sentirme agitado ante la idea de conocer personalmente a un hombre de su reputación, y a la vez lo bastante inocente como para creer que el acontecimiento exigiría que yo exhibiera mi familiaridad con «lo último» de su producción.

Corvick, que se había comprometido a escribir una crítica del libro, no había tenido tiempo siquiera de leerlo; había sufrido un ataque de nervios tras recibir noticias que requerían —así lo juzgó él en precipitada reflexión— que tomara urgentemente el correo nocturno de París. El hecho es que había recibido un telegrama de Gwendolen Erme en respuesta a la carta en la que él mismo se había ofrecido a acudir volando en su ayuda. Yo ya había oído hablar de Gwendolen Erme; no la había visto en mi vida, pero me había hecho una idea que fundamentalmente me llevaba a concluir que Corvick la tomaría como esposa tan pronto la madre de ella se dignase morir. La dama parecía ahora dispuesta a jugar limpio con él y satisfacerlo por fin; se había producido un lamentable accidente relacionado con el clima, o puede que con una «cura», a consecuencia del cual la señora había padecido un repentino colapso cuando regresaba del extranjero. Su hija, desamparada y alarmada, deseaba volver rápidamente a casa pero, frenada por las dudas ante los posibles riesgos del viaje, había decidido aceptar la ayuda de nuestro amigo; en mi fuero interno, yo estaba seguro de que la señora Erme se repondría en cuanto él apareciera. Lo que Corvick creía, sin embargo, no habría podido de ningún modo calificarse de secreto; era patente en cualquier caso que no pensaba lo mismo que yo. En una ocasión me había enseñado la fotografía de Gwendolen y me había comentado que no era bonita, pero sí terriblemente interesante; con diecinueve años, la joven había publicado

una novela en tres volúmenes, titulada *Deep Down*, que él había despachado de forma verdaderamente espléndida en *The Middle*. Corvick se dio cuenta de lo entusiasmado que estaba yo ante aquella oportunidad y se comprometió a que la revista estuviera a la misma altura; luego, por fin, con la mano ya en la puerta, me dijo:

—Supongo que no pasará nada, ¿no? —Viendo que mi actitud no acababa de definirse añadió—: Quiero decir, que no harás ninguna tontería, ¿verdad?

—¡Tonterías! ¡Tratándose de Vereker! ¡Pero si siempre me ha parecido alguien increíblemente ingenioso!

—¿Ves? Ese es justamente el tipo de tonterías que debes evitar. ¿Qué diablos significa «increíblemente ingenioso»? Por Dios, trata de *entenderle*. No quiero que sea él quien pague por nuestro arreglo. Si puedes, habla de él como lo hubiera hecho yo, ¿entiendes?

Permanecí dubitativo un instante:

—O sea, que es de largo el más grande; ese tipo de cosas, ¿no?

Corvick emitió algo así como un gruñido:

—No me entiendes. ¡Yo no me limito a hacer comparaciones! ¡Eso sería la infancia del arte! El placer que me da es tan exquisito; lo que me hace sentir es algo... —reflexionó un momento—, algo especial.

Yo volví a dudar:

—¿En qué sentido especial?

—Querido amigo, eso es precisamente lo que quiero que digas *tú*...

Incluso antes de que se hubiera marchado con un portazo empecé, libro en mano, a prepararme para decir todo aquello que tenía que decir. Estuve sentado con Vereker la mitad de la noche; Corvick no habría podido hacer más de lo que yo hice. Vereker era increíblemente ingenioso: me reafirmé sobre ello, pero en ningún caso era el más grande del grupo. No hice, sin embargo, alusiones al grupo en sí; me felicité pensando que en esta ocasión había dejado atrás la infancia del arte.

—Muy bien —declararon enérgicamente en la oficina; y cuando el número salió a la calle sentí que había establecido una base lo bastante firme como para poder acercarme personalmente al gran hombre.

Durante uno o dos días me sentí pleno de confianza. Después esa confianza decayó. Le había imaginado deleitándose con la lectura de mi artículo, pero, si no satisfacía siquiera a Corvick, ¿cómo iba a gustarle a Vereker? Observé que verdaderamente la vehemencia del admirador podía llegar a ser incluso más torpe que la avidez del escriba. De todas maneras, Corvick me escribió algo malhumorado desde París. La señora Erme se estaba recuperando, y yo no había dicho en absoluto en qué consistía ese algo especial que tenía Vereker.